

PERSONAJES ILUSTRES LANZAROTEÑOS QUE MARCARON ÉPOCA

El médico de los pobres

Alfonso Espínola fue un símbolo de bondad, de desinterés y de altruismo • Los recuerdos de su tierra natal, Tegui, perduraron siempre en su camino por la vida, y ahora esta villa lo recuerda como un ejemplo a seguir

FLOR ESPINO / Tegui

Quienes al doctor Espínola se acercaron tuvieron la sensación de lo inmenso que rayaba en bondad, en ciencia y en heroísmo para hacer el bien, en carácter para sostener la virtud, y en altivez para defender sus ideales.

■ Alfonso Manuel Tomás de los Dolores Espínola Vega nació en la Villa de Tegui en la madrugada del día 22 de diciembre, del año 1845. Fue siempre un estudiante sobresaliente. Atraído por un inmenso deseo de conocer el mundo y ávido de saber lo que ocurría más allá del horizonte de la Villa, pensó en hacerse marino como único medio de conocer el mundo.

Esta decisión hubiera sido tomada si nadie se hubiera cruzado en su camino, pero como los profesores que le dieron clase en el colegio querían para él algo más estable y trascendental en que pudiera desarrollar sus facultades y prestar mayor utilidad a sus semejantes, le aconsejaron que estudiara Medicina. Su padre le envió primero a Sevilla y después a Cádiz, donde cursó su carrera en cinco años.

Al llegar a Tegui estrechó a su madre fuertemente y le besó la cara muchas veces, humedecida por las lágrimas que a borbotones se deslizaban por las mejillas. El médico experimentó las mismas emociones y vio en aquella escena tan deseada la recompensa a su larga ausencia.

Y allí, en su pequeña patria, montuosa y llana, con sus antiguos conventos de San Francisco y Santo Domingo, sus calles empedradas y arenosas y sus casas, en su mayoría de un solo piso, abrió su consulta en la casa que había nacido y vivido sus primeros años, reformada en la actualidad y situada en la calle que lleva su nombre.

En ella comenzó el doctor Espínola a forjar sus ilusiones para labrarse un porvenir. También desarrolló su afición por el arte y aprendió a tocar el violín, el piano, la guitarra y la flauta.

En su villa natal estuvo ejerciendo la profesión ocho años, durante los cuales atendió, con el mayor interés, a cuantas personas requirieron sus auxilios médicos, acudiendo solícito y rápido a las llamadas de dolor humano, sin mirar las distancias ni la hora en que aquél se presentaba. A este propósito, si los caminos que separaban al pueblo de los domicilios de los enfermos eran largos, recurría como vehículo de transporte al camello, que era animal abundante en la Isla.

Un día, requerido urgentemente para prestar servicio a un enfermo, se encontró con que el único ejemplar que podía dispo-



Retrato del médico Alfonso Espínola.

ner para cumplir su cometido, estaba en la época de celo, por consiguiente corría el peligro de que el animal lo echase a tierra para golpearlo hasta matarle con el callo que posee en el pecho. Ante esta situación, el camellero insistía en que no debía montarlo, pero como su deber era superior al peligro, se llenó los bolsillos de cigarros habanos y, fuma que te fuma, aturdió con el humo los sentidos del animal, logrando apagar la terrible excitación y llegar al punto de destino.

Ocho años ejemplares

Compartiendo sus penas y alegrías con su compañera, cuyas virtudes perduraron a través de los años iluminando la estela perenne de su vida, fueron los ocho años de actividad

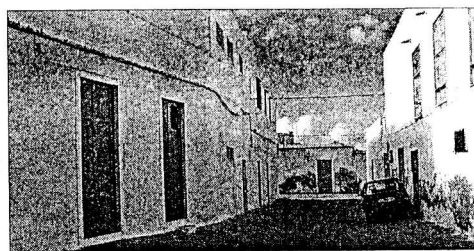
profesional en la tierra isleña, enseñanza emocionante de ejemplo permanente, que iba curando al enfermo, enseñando al ignorante, alentando al débil.

Alfonso Espínola fue un democrata ferviente y justo, siendo muy posible que en esta manera de pensar encontremos la razón de su marcha de la Isla, al negarle su apoyo a sus discípulos. Se dice que esta firme decisión, tomada porque tenía ideas republicanas, le valió algunas persecuciones a las que no estaba acostumbrado, y como para Alfonso Espínola la vieja sentencia latina «no amemos solamente de palabra y con la lengua, sino con la obra y en verdad», era oráculo en su vida, decidió dejar su país y marchar en busca del Nuevo Mundo que desde aquel momento se le presentaba como un mundo nuevo.

Un gran amante de los desvalidos allá donde fue



Uruguay. Alfonso Espínola llegó a Uruguay en 1878. Al establecerse en Montevideo, se le ofrecía un brillante porvenir, pues las noticias que dieron los compañeros que le precedieron en tierras americanas, hicieron crear en su entorno una atmósfera de respeto que le atrajo una gran clientela. Los profesores en Cádiz y Sevilla le juzgaron diciendo que era el estudiante más brillante que pasó por sus aulas y el más querido, respetado y admirado por sus profesores y compañeros, no sólo por su gran talento y corazón sino por el conjunto de condiciones que formaban su extraordinario carácter, ecuanimidad, rectitud y respeto a sus semejantes y valor y amor a los hombres. Espínola siempre miraba las diferencias que existían entre su pequeña patria, con casas de piso y calles empedradas y arenosas, y las de la capital de la República, altas, elegantes y de varios pisos enclavados en calles, plazas y paseos, trazados conforme a un criterio arquitectónico de gran estilo. Comprendía que todo lo que vivía a su alrededor era la manifestación de la actividad y del talento de los hombres y que en aquel ambiente podían hacerse realidad los sueños que le animaron a saltar desde un mundo a otro, sin mas armas que su inteligencia y juventud. La mejor descripción de Alfonso Espínola es caracterizándolo como un hombre fuerte, ágil, de cabellera espesa y de bigote caído, de gran desarrollo muscular y gran amante de la lucha. Pero ante todo, era una persona que tenía por costumbre madrugar y comenzar sus visitas antes de salir el sol, y si hacía frío y el enfermo vivía a gran distancia, corría sin parar hasta entrar en calor.



La ciencia al servicio de todos. Toda su ciencia estuvo al servicio de los demás, de los más pobres, de los más dolidos, de los que no podían retribuir el gran servicio prestado, nada más que con la emoción de una lágrima, o con el calor de la mano tendida en el gesto cordial. Hizo donación de algo más que su ciencia, para aliviar el mal ajeno, pues entregó su actividad humana integral, toda su vida, su dinero compartido por los míseros, su hogar constituido más de una vez en hospital para los desheredados de la fortuna y su familia, que lo sería con la obsesión del sacrificio. Todas sus cualidades demuestran que fue una persona extraordinaria y que supo sacarle el mayor beneficio posible a su inteligencia. Esto lo demostró en el cariño que mostraba en todos sus gestos hacia los desvalidos, incluso quitándose su camisa y entregándosela al que no tenía si hacía frío. Alfonso Espínola murió en un pequeño pueblo de Uruguay, San José, a los 60 años de edad causando su pérdida un enorme dolor a todas las personas que lo conocieron, tanto en España como en Uruguay. Tras su muerte, los residentes en la Villa de Tegui le hicieron un busto en su honor que permanece a la entrada del pueblo. También existe una calle que lleva su nombre, como símbolo de una persona a la que nadie está dispuesto a olvidar. Uruguay también lo recuerda con varios monumentos que han levantado en su honor. Los datos mencionados en este reportaje han sido rescatados de la biografía que escribió Juan Bosch Millares cuyo título de su obra fue *El Doctor Alfonso Espínola*.